

PRESENTACION DE LA PRIMERA SEMANA ARGENTINA DE TEOLOGIA

La reflexión de la fe, que es siempre necesaria, se hace imprescindible especialmente cuando cambia la concepción del hombre y del universo en una forma tan acelerada, profunda y universal, como acontece en la actualidad.

En esta coyuntura histórica, la vitalidad de la Iglesia se ha manifestado por una producción teológica asombrosa, y por acontecimientos de Iglesia, como el Concilio y Medellín, y que involucran una reflexión de la fe a nivel magisterial de significación trascendental, cada uno en su medida. Son todos intentos de la Iglesia por acudir a la multitud y a la profundidad de las cuestiones de los hombres, con la certeza sin embargo, de que los pasos cumplidos son siempre comienzo de nuevas etapas en el proceso de la fe, que nunca acabará de desentrañar las riquezas de su contenido.

Para favorecer el crecimiento de la fe, y por ello, el de la Iglesia, la Comisión Episcopal de Fe y Ecumenismo decidió propiciar esta primera Semana Argentina de Teología.

Al promover la Comisión Episcopal la elaboración de un pensamiento teológico en Argentina, cumple con su misión pastoral, pues la teología está en el orden de la fe, es decir en la raíz de la gracia y de la Iglesia, y por ello tiene significación salvífica profunda.

La teología, en verdad, puede ser ejercitada por cualquier creyente capacitado que quiera servir a la Iglesia, sin necesidad de esperar una decisión jerárquica que se lo ordene, supuesta siempre su sujeción a las leyes de la vida de unidad en la fe. En nuestro caso, el teólogo se ve incitado a su trabajo por la invitación de los obispos, que facilitan así su misión.

La Semana ha sido convocada, no tanto para aportar principios de solución a un problema que en este momento se juzgue urgente, cuanto para promover la actividad teológica en general, la cual, naturalmente, es servidora de la vida toda de la Iglesia. Se entiende que la Teología no sólo debe ser usada para una finalidad apostólica particular, sino que puede ser promovida directamente, que tiene sentido en sí misma, por constituir una intensificación de la vida de fe, un crecimiento de la sabiduría en el misterio. Sin duda que de esta forma se prepara una mejor actividad apostólica general.

La fe está intrínsecamente afectada por un dinamismo que la lleva a crecer hacia su plenitud en la visión. La fe es "inchoatio visionis". El creyente, invitado y movido por el Espíritu presente en él, tiene varios modos de proceder hacia la comunión definitiva con Dios en la visión.

Uno de ellos es el crecimiento de la caridad, que lo lleva a intimar cada vez más con Dios, a coincidir con El, y a captarlo por un vital contacto de connaturalidad. Otro modo es el de un proceso racional espontáneo, que junto con el modo anterior, es ejercido en mayor o menor grado, por todos los creyentes. Cuando el proceso se hace metódico y sistemático, es decir, cuando ordena sus pasos científicamente, el creyente se hace teólogo. Por último la fe progresa también por la predicación de los sucesores de los apóstoles, quienes, al transmitir el depósito revelado, hacen crecer su comprensión (*Dei Verbum*, n. 8).

La teología como ciencia, supone la fe como acto inicial, de cuya luz parte, por cuyo dinamismo procede y cuya plenitud persigue. Al principio, durante y al término de la actividad teológica, se encuentra la fe, la cual, cuanto más viva sea, mejor teología posibilita. Esto sea dicho para recordar que una Iglesia vital es la que produce teología, una Iglesia que cree, ama y espera, que vive la unidad de la caridad y la tensión de la misión.

Pero si la fe es supuesto necesario de la teología, ésta es a su vez una floración normal de aquélla. La fe, que no existe sino en la inteligencia humana, procede también según los cánones de ésta. De suerte que en una cultura donde la ciencia ocupa cada vez más un lugar de significación, la fe que no se hace teología, ciencia teológica, carece de una maduración que la Iglesia necesita con urgencia. La teología, como "la fe en estado de ciencia", manifiesta la salud de la Iglesia, que debe crecer según la condición de los hombres que la constituyen, y según los modos de su inteligencia. Mientras Argentina y América Latina no se hagan presentes con un pensamiento teológico por ellas elaborado, no ocuparán el puesto que les corresponde en la marcha de la Iglesia universal y del mundo.

Misión de los teólogos es llevar a la conciencia de la Iglesia de una manera reflexiva las riquezas de la fe, acompañando y completando la obra no científica de los otros creyentes. Es llevar a la lucidez refleja y científicamente fundada el contenido de la revelación y su significación en la historia de los hombres.

También es misión de los teólogos el servir a la jerarquía para preparar, enriquecer, adaptar su kerigma y su enseñanza, ofreciéndole el resultado de sus estudios sobre la palabra de Dios. Aunque el poder doctrinal de los obispos no se funde en las opiniones de los teólogos, sino en su propio carisma magisterial. Las palabras de Pablo VI a los miembros de la Comisión Teológica Internacional, confirman lo que hemos dicho: "no sólo no prescindimos de la reflexión teológica sino que la consideramos una función vital, intrínseca y necesaria para el magisterio eclesiástico" (*L'Osservatore Romano*, edición castellana, 21/X/1969, pág. 1).

El mismo Pablo VI, en el discurso que dirigió a los participantes

en el Congreso de Teología del Concilio en 1966, después de exponer el modo de proceder del Vaticano II, propone a los teólogos seguir igual método. Dice el Papa: "Así pues, el Concilio invita a los estudiosos de las disciplinas sagradas a elaborar una teología que sea por igual pastoral y científica; que se mantenga siempre en estrecho contacto con la doctrina de los Santos Padres, con la Sagrada Liturgia, y especialmente con las Sagradas Escrituras; que tenga siempre veneración por el magisterio de la Iglesia y en especial por el Vicario de Cristo; que atienda debidamente a las circunstancias y a la condición de los hombres en esta vida; finalmente que sea abiertamente ecuménica como debe ser sincera y abiertamente católica" (*L'Oss. Romano*, edición castellana, 11/X/1966, pág. 1).

A estas orientaciones, creo, se ha sido fiel en la organización de las jornadas. Se ha buscado escuchar las voces de nuestro tiempo, por medio de un estudio empírico de sociología religiosa, para conocer con el auxilio de la ciencia y de la técnica sociológicas, con mayor seriedad y certeza, cuál es la situación actual y concreta de los hombres con respecto a un tema trascendental como es el de Dios. Esos datos, científicamente presentados por un sociólogo, serán leídos desde la fe por los teólogos, quienes, recurriendo a las Sagradas Escrituras y a la Tradición, con la guía del magisterio de la Iglesia, elaborarán una breve síntesis doctrinal del punto elegido que sirva para confirmar los valores y corregir los errores descubiertos, y para llenar los vacíos que se hayan manifestado. Terminarán sugiriendo algunas ideas orientadas a la acción pastoral, según se desprenda de las consideraciones hechas a lo largo de su estudio.

Conviene hacer algunas advertencias con respecto a los alcances que tienen los distintos momentos del desarrollo de las jornadas. En primer lugar, el conocimiento de la realidad está limitado a una forma: un estudio sociológico empírico. Pudo buscarse obtener este conocimiento por medio de otras vías de acercamiento a la realidad, como son los estudios literarios, históricos, psicológicos, filosóficos, etc. El estudio sociológico empírico nuestro, además, no es de toda la república, por las dificultades enormes que había que superar, aunque se eligió Córdoba como lugar a investigar porque, en opinión de muchos, sintetiza en alguna medida las diversas situaciones religiosas de Argentina. El valor que tiene la investigación con respecto a su campo propio así delimitado, es real, y corresponde al sociólogo darnos su medida.

La función que cumple en la teología esta referencia a la realidad, es definida de diversas formas por las distintas opiniones de los estudiosos. Creo yo, sin embargo, que desde el Vaticano II, pasando por Medellín, la teología le ha dado mayor lugar y significación. Las discusiones en nuestras sesiones pueden servir a la iluminación de esta

cuestión que toca el tema de la revelación, uno de los más importantes para nuestra época.

Si "la teología no es solamente la fe haciéndose inteligencia, sino también la interrogación humana en el corazón de la fe", como dice un teólogo contemporáneo (C. Geffré, en *Porvenir de la teología*, Barcelona, 1969, pág. 70), creo que es necesario conocer con la mayor amplitud, profundidad y certeza posibles, la situación actual, la problemática de hoy para que la teología responda a su función de iluminar la conciencia de los creyentes que viven en la historia. Así se comprenderá mejor cómo la teología se puede constituir en un lugar de privilegio para el diálogo científico entre la Iglesia y el mundo.

Aquí también, quisiéramos abonar nuestro pensamiento con palabras de Pablo VI al VII Congreso Tomista Internacional, tenido en Roma el 12 de setiembre pasado: "Es pues de una importancia capital, más aún, de primera necesidad que filósofos y teólogos se interesen por todas las manifestaciones de la vida de nuestro tiempo, escuchen las preguntas que vienen particularmente de los jóvenes, comprendan las aspiraciones a veces confusas que nacen de lo más profundo de los corazones y que, en una palabra, sepan escuchar para poder responder, de acuerdo con las leyes esenciales del diálogo... Hay en esto, es necesario decirlo, algo más que una exigencia pedagógica: se trata de una exigencia profunda, vinculada a la misma naturaleza del hombre y de la verdad de la salvación que nosotros queremos ponerle al alcance, esta Buena Nueva que ha tomado fisonomía de hombre para revelar al hombre que él es "la cara humana de Dios", para decirlo con la expresión admirable de San Gregorio de Niza" (*L'Oss. Rom.*, edición castellana, 20/IX/1970, pág. 5).

En su actividad científica, dentro de los límites que son exigidos por la dignidad de la Palabra de Dios y por la naturaleza de la Iglesia, el teólogo es llamado a obrar con legítima libertad. Libertad para investigar, para optar por la opinión que juzgue más válida y para "hacer conocer humilde y valerosamente su manera de ver en los campos que son de su competencia" (*Gaudium et spes*, n. 62). En la medida en que se viva esta libertad, la teología ha de progresar.

Salvada siempre la caridad y la unidad en las cosas ya aceptadas, la libertad en lo opinable ha de manifestar que la riqueza de la revelación hace que muchas veces las posiciones no sean contrarias sino complementarias y que una pueda captar mejor o expresar más adecuadamente que otra algún aspecto de la fe. En este juego de opiniones, se han de purificar las posiciones. Una limitación de la libertad, haría perder el beneficio del progreso teológico por esta vía. Aunque es cierto que los documentos de la jerarquía son principio de estas reflexiones, y que el magisterio es su norma próxima, y puede, por sus in-

tervenciones, ser razón de desarrollo de la teología, como lo es al promover este encuentro.

La justa ubicación de los teólogos y de los obispos, hace que éstos no se comprometan con las posiciones de aquéllos, sino cuando han pasado por un proceso crítico suficientemente serio y probado. No se trata de competencia o "emulación entre dos primados: el primado de la ciencia y el primado de la autoridad, dice Pablo VI en el citado discurso a la Comisión Teológica, puesto que en este campo de la doctrina divina sólo hay un primado: el de la verdad revelada, el de la fe, al cual tanto la teología como el magisterio eclesiástico quieren dar un apoyo diverso pero convergente" (*L'Oss. Rom.*, edición castellana, 21/X/1969, pág. 1).

La Semana de Teología, aunque ha sido promovida por los obispos, es encuentro de teólogos a nivel de tales, y quisiera cumplir sus trabajos en esta perspectiva. Sus estudios no tendrán el carácter de enseñanza magisterial, pero, desarrollando sus sesiones en la legítima libertad que la Iglesia le reconoce, quisiera prestar un servicio a la verdad revelada y a la fe, "diverso pero convergente" con el que presta el magisterio.

Las sugerencias pastorales serán, en principio, de carácter muy general. La realidad actual de la Iglesia y la humanidad, que se considera en los comienzos de nuestra reflexión, se tiene en cuenta también al término de ella. La palabra de Dios no sólo es revelación de un contenido, sino mandato para una conducta. Pero no se puede pretender que se propongan normas concretas de obrar, sino sólo proposiciones muy amplias de orientación de la acción apostólica.

El tema elegido es válido en virtud de su actualidad, y de su valor fundamental permanente. El fenómeno del ateísmo en el mundo contemporáneo y la necesidad de re-evangelizar a nuestro continente, junto al proceso universal de secularización que en muchos casos oscurece la realidad de Dios, son razones que abonan la elección de este tema fundamental, el de Dios, como objeto de nuestros estudios.

Aquí la teología, como toda ciencia, deberá ejercer una función crítica, para detectar en el estudio realizado los puntos válidos, según la revelación, y señalar los errores, provenientes de influencias extrañas al cristianismo o tal vez de una predicación y catequesis deficientes.

Por su recurso a las Escrituras y por su comprensión de la tradición viva de la Iglesia, el teólogo podrá discernir con mayor autenticidad la verdad del error, el bien del mal, y sabrá descubrir las sanas aspiraciones de las falsas. La crítica se ha de ejercer no sólo sobre las actitudes y principios que se sostienen fuera de la Iglesia, sino también dentro de ella. Así, por el tema escogido, se puede prestar un servicio inmediato a una de las prioridades del Plan de Pastoral del Episcopado, que es el Catolicismo Popular, sobre el cual se dan opiniones divergentes.

Garantía de la objetividad de sus afirmaciones es el deber del teólogo de tratar las cuestiones dentro de la síntesis general de la fe. No se encierra en la problemática actual, sino que debe considerarla en el contexto de toda la revelación. Por la consideración de aspectos descuidados tal vez en los planteos contemporáneos, puede el teólogo contribuir a la amplitud y profundidad de la vida de la fe. Y así, hacerse más actual, atendiendo a la totalidad de una cuestión y sirviendo a la pureza del misterio cristiano, de cuya integridad debe vivir toda época y todo fiel. De este modo el teólogo puede ayudar y completar la misión del profeta.

Si al considerar al hombre no olvidamos a Dios, también al meditar en Dios no podemos olvidar al hombre. Dios es, en efecto, la dimensión más profunda del hombre, Cristo es la plena revelación de la humanidad.

Meditando sobre Dios y Cristo, meditamos sobre la mayor profundidad del hombre, a cuyo descubrimiento quisiéramos llevar a nuestros hermanos, y cuya plena significación quisiéramos antes lograr para nosotros.

E. KARLIC